

bajo el Gobierno actual—en Diciembre de 1927—ha sufrido una nueva reforma siempre dentro del mismo espíritu. El ex-ministro alemán de Educación Boelitz no fué ajeno a esta última reforma.

Otro tanto ocurre con el Ejército, obra también de Balmaceda. Este ilustre Presidente prestó gran atención al Ejército, porque vió en él, primeramente, un instrumento que podía darle a su Patria un papel político en el Pacífico, y en segundo lugar, un valiosísimo elemento de disciplina y educación: una segunda escuela—posterior a la primaria—para disciplinar y educar al hombre ya maduro. Y es preciso reconocer que el Ejército chileno ha cumplido esta misión, colaborando con la escuela en la lucha contra el analfabetismo; y devolviendo a la Nación, después de cada año—tiempo que dura el servicio militar—ciudadanos honrados y trabajadores, elementos de orden y disciplina. Esta misión educadora del Ejército la tuvo muy presente Balmaceda. Y al echar las bases de la organización militar chilena siguió estrictamente el modelo prusiano-alemán, desde el equipo hasta la organización y disciplina internas.

Y tanto el sistema escolar como la organización militar chilena han dado sus frutos. Sobre todo esta última, si se

considera que las transformaciones saludables que ha experimentado y que está experimentando Chile desde hace cinco años, son obra del Ejército, único organismo social que en medio de la anarquía del desorden y de la corrupción política, logró mantener una tradición de orden y de disciplina.—*J. H. G.*

### **Las recientes elecciones inglesas**

La nueva Cámara de los Comunes fué elegida el 30 de mayo de este año. El escritor político Wickham Steed, desde el otoño de 1923, había predicho el resultado exacto de esas elecciones. Según su experiencia de los sentimientos del país, creía que los conservadores perderían algo así como 150 asientos, mientras que los laboristas ganarían lo menos 110. En cifras redondas, atribuía 240 representaciones de conservadores, 270 de laboristas y 105 de liberales. Steed no se equivocaba respecto a la representación de estos últimos. Algunos conservadores quedaron asombrados por tal predicción.

«Me preguntaron la razón de una predicción tan pesimista—cuenta Wickham Steed, en la *Revue de Paris* de 1.º de Julio de este año—. Uno de ellos me aseguró que

un personaje importante, de la camarilla del Presidente del Consejo, Mr. Stanley Baldwin, sostenía que el gobierno no perdería sino de 30 a 400 votos de su mayoría. A las explicaciones que le dí, respondió tristemente: «Hemos olvidado todo eso ya.» «El país no las ha olvidado», repliqué yo.» Esas cosas estaban, en efecto, grabadas en los espíritus de millones de electores.

Para comprenderlas habría que remontarse a las elecciones de 1924. Para ello, necesitamos atenernos a lo que dice Steed:

«El gobierno laborista, al cual el difunto mister Asquith había facilitado que arrebatara el poder en Enero de 1924, fué derribado en Octubre del mismo año por los conservadores y radicales reunidos, por haber hecho cesar las iniciadas persecuciones contra un diario comunista. Según la costumbre constitucional, el Rey autorizó a Mr. Ramsay Mac Donald, primer ministro laborista, a disolver el Parlamento y crear uno nuevo. En esa época los conservadores contaban 258 diputados, los laboristas 191 y los liberales 159. Todo hacía prever una victoria conservadora y la reconquista del poder por Mr. Baldwin. Recuerdo haber predicho, en el momento de la disolución, una mayoría conservadora de 30 a 40 votos. Algunos días antes de las elec-

ciones, un diario conservador publicó el texto de la famosa «Carta Roja» que Zinovieff habría dirigido a un comunista británico llamado Mac Manus. Según ese diario, el texto original de la carta se hallaba en manos del Foreign Office, del cual Mr. Mac Donald era todavía jefe.»

No cabe duda de que tal carta constituía una maniobra electoral del partido conservador, puesto que el personaje destinatario de la Carta Roja vivía en esa época en Moscú, a pocos pasos de la oficina del mismo Zinovieff; pero el ministro laborista, que se hallaba en viaje de propaganda electoral, tomado de improviso, amonestó severamente a la Embajada soviética en Londres. Ya se había desatado, no obstante, en la prensa anti-laborista un torbellino de protestas y acusaciones. El país se atemorizó ante un posible peligro bolchevique. Varios políticos liberales engrosaron las filas conservadoras, por su fuerte influencia. Mr. Baldwin se halló de pronto al frente de 415 diputados, en una Cámara de 615 miembros. Los laboristas perdieron 32 asientos y se vieron reducidos a 159. Los liberales, con peor suerte, se redujeron de 159 a 39.

Con todo, la estratagema que los conservadores usaron para triunfar iba a perjudicarlos más tarde. Se predecía

que tendrían que perder gran parte de sus sillones, por haber explotado un documento apócrifo. En lo futuro deberían comportarse con más tino para no perder la confianza total de los elementos no conservadores. Así lo comprendía Mr. Baldwin. Y declaró que no se equivocaba respecto a la significación real de su victoria. Sus electores, de seguro, en otras circunstancias, no habrían votado por ellos. Hasta el verano de 1926, Mr. Baldwin resistió a los esfuerzos de sus partidarios menos rectos por desviarlo del camino que había escogido. El ministro se hizo popular por su rectitud, y el país creyó en él.

En 1925, los conservadores quisieron valerse de su mayoría para votar una ley que impidiera a los sindicatos obreros cotizar un fondo político en favor del partido laborista. El pretexto: sostener el principio de libertad individual que violaban esos sindicatos, ya que ellos no se componían exclusivamente de inscritos en el partido laborista. En nombre de los derechos del hombre, los reaccionarios insistían en que Mr. Baldwin privara de fondos a sus rivales políticos. Naturalmente, el ministro halló mezquinos y poco oportunos esos argumentos. El elemento popular le dió la razón, sobre todo porque se había resistido a abrir con ello el fuego de una probabilísima lucha de clases.

Al fin de ese mismo año surgió el problema minero. No seguiremos paso a paso a nuestro guía, Wickham Steed, sino que llegaremos a la conclusión. «Era el 1.º de mayo de 1926—anota el escritor citado—. El gobierno, sostenido por la gran mayoría de los ciudadanos, hizo frente al peligro y en menos de quince días sofocó la huelga general. Salvado ese peligro, la opinión pública esperó que el gobierno aprovecharía la victoria nacional para hacer justicia sin miramientos y sobre todo para emprender la reorganización radical de toda la industria carbonera.»

Pero Mr. Baldwin no hizo nada de eso. Los propietarios de minas, que le proponían un plan de racionalización del conjunto de la industria, no fueron oídos. A los mineros los vencía el hambre. Todo esto iba a ser la condenación del gobierno baldwinista. Acosado el Ministro, en Mayo de 1927 presentó al Parlamento un proyecto de ley que declaraba ilegales la huelga general y la intimidación industrial, y prohibía a los sindicatos obreros cotizar en pro del fondo político laborista. Quería ello decir que Mr. Baldwin había cedido al fin a las pérfidas insinuaciones, que al ejecutarse promovieron una lucha entre laboristas y liberales. Este error y otros, entre los cuales resalta el asunto de Lo-

carno, condujeron al gobierno conservador a la desconfianza total. Varias razones justas le asistieron, es cierto, para rechazar adherirse al Protocolo de Ginebra; pero después hubo de batirse en retirada perseguido por el fantasma del protocolo, al que dió muerte con su rechazo.

Ahora bien, la causa profunda de la derrota del gobierno conservador en las elecciones del 30 de Mayo último, reside en el fracaso de esa conferencia, fracaso, por otra parte, más técnico que nada. Y la responsabilidad recayó sobre Mr. Bridgeman, primer Lord del Almirantazgo y su política naval, sobre Sir Austen Chamberlain por su política exterior, así como sobre la política interior de Mr. Baldwin. Se halló inconcebible sobre todo, que Mr. Chamberlain se prestara a un arreglo en que figuraban, por cuenta de Inglaterra, las mismas reivindicaciones navales que habrían producido el fracaso de la Conferencia de Ginebra, y la dificultad fué mayor cuando los norteamericanos acusaron a Inglaterra de haber querido imponer a los Estados Unidos, con la ayuda de Francia, condiciones que Norte América ya había rechazado en Ginebra. En la sesión de la Comisión Preparatoria de la Sociedad de las Naciones, en Ginebra, el 22 de Abril de este año, las cosas llegaron al clímax. Norte Amé-

rica, no obstante, había estado dispuesta a reabrir la discusión, para poner término a los peligros de una rivalidad naval. En dicha sesión, al revés de la sequedad que poco antes adoptara Mr. Chamberlain, hubo cordialidad en Mr. Baldwin para acoger la proposición americana. Y cuando los pacifistas creían divisar en ello una posible plataforma electoral que despertaría el entusiasmo del país, se vió que la cosa pasaba a un orden secundario en los planes conservadores. Error gravísimo, ya que eso constituía un gran problema que iba a influir fundamentalmente en las elecciones venideras. Los liberales y los laboristas se aprovecharon de ese estado de cosas. Los primeros se consagraron a la paz y al desarme; los otros especialmente a la paz. Mr. Baldwin se batió débilmente en retirada. Resultado: 13.500.000 electores para los candidatos laboristas y liberales. 8.500.00 los conservadores.

En la nueva Cámara de los Comunes, según asegura Wickham Steed, la mayoría en favor del desarme y la paz, especialmente con Estados Unidos, será de 345 contra 257, sin deducir de esa minoría los diputados conservadores que, en tratándose de la paz, serán partidarios convencidos de la política laborista-liberal. Parece, por otra parte, que Inglaterra tendrá que entrar al

fin en una verdadera política pacifista resignándose a perder su «dominio de los mares». Y el fantasma de una lejana guerra por competencia naval con Estados Unidos se desvanece. Por otra parte, Wickham Steed dice que en las recientes elecciones se notó la convicción de que es hora de llegar a una solución en las relaciones anglo-americanas. El gobierno

conservador cometió el error de no advertir esto, y perdió su causa. El nuevo gobierno tiene que hacer caso omiso del orgullo inglés y aceptar la situación actual, que presenta a la civilización moderna algo más digno y fecundo que la desconfianza armada.

Tal sería el sentido de las recientes elecciones inglesas.  
—A.